

australes. Esa chiquilla es el incentivo de aquellos dos muchachos que sueñan con el amor. Nunca la conocen ni hablan con ella por más que don Fabricio Pulido, un amigo, les dice que él puede presentársela. Tampoco hace falta ese conocimiento que restará al relato su hálito de poesía.

Donde no hay conocimiento vivo y concreto no puede haber amor. En Gil Hildebrando, no lo hay. Es sólo una ilusión que acaricia su inquietud. Y que le sirve además, para tejer fantasías con su amigo Lapaille. Y en Lapaille está el drama sutil de la novela de Koenenkampf. Es el hombre bueno que entrega su corazón entero y noble a aquella muchacha hija del hotelero, que después lo desdeña. Lapaille no se queja de su desventura. Sigue siendo el excelente amigo de siempre. Hasta que un día hace crisis su tormento interior. Gil Hildebrando se lleva de la lluviosa ciudad austral una bella ilusión de poeta: la imagen de la chica de los ojos azules, cuya fina cintura ciñe la lluvia y el viento. Y se lleva también a una mujer y el cariño de esta.

Hay una diferencia entre la fantasía y la realidad. Y los poetas no pueden vivir sólo de fantasías. Tienen que aferrarse desesperadamente a la realidad. Hasta cuando hacen novelas.—
LUIS DURAND.



PALABRAS. por *Stella Corvalán*

«Qué marea de rostros sobre mi playa inmóvil,
qué golpear incesante de las palabras idas;
cómo nos lleva el tiempo la encendida corola
y nos trae, en retorno, la semilla tranquila».

(«Playa inmóvil»).

Después de tanto y leer y trabajar dentro de la poesía femenina; después de tanto buscar, buceando dentro de esas le-

tras femeninas que tanto de amor, que tanto de dolor ficticio y rebuscado nos entregan en cada volumen empíricamente alzado sobre la primera desilusión sentimental, sobre el primer encuentro fragoroso,—porque lo dicen,—con el «ser amado», de pronto, sin transición, sin previo aviso,—salvo uno lejano y distante,—nos encontramos en un gozoso encuentro del espíritu, con un libro que abre el panorama, describe el abanico lleno de marejadas y estira un paisaje humano y, por fin, está naturalmente fresco y lleno de voces que tienen un sentido profundo de lo que es poesía, de cómo es la poesía, de cómo está ubicada la poesía dentro de alguna cosa, de algún ser.

Después de Gabriela—perdóneme la gran poeta de Chile por nombrarla así, tal como la siente mi espíritu—después de Ella, ¿qué nos quedaba por ver o por encontrar, cuando la mujer había retornado silenciosamente a su labor de tejedora de ilusiones, de cosedora y remendadora del corazón?

Claro que estaba en la poesía y en el sentido de las cosas. Claro que se encontraba dentro de todas las grandes marejadas, de los grandes oleajes ciudadanos y al fondo de las pequeñas cosas que forjan el espacio donde el hombre mueve sus sentidos, sus esperanzas y sus aspiraciones. Pero, ¿y dentro de la poesía escrita, que adviene a la calle y a los ojos del ser? No. No se encontraba. Simplemente se mantenía con débiles y suspirantes lamentos romantiqueros e inútilmente sobrecargados de sexo, que tanto abunda en la aventura poética de la mujer. Para las poetisas corría un viento de desolación y desamparo.

Se me puede tachar de arbitrario; inclusive de indocumentado. Pero podría aducir los nombres luminosos e intactos de María Isabel Peralta, María Monvel, Olga Acevedo, María Silva Ossa, Winet de Rokha, Victoria Contreras Falcón y podría decir que en ellas la poesía femenina de nuestra patria tiene un justo sitio que no es desmentido por los banquetes rimbombantes a las poetisas que salen en jira por el exterior, haciendo lucir el nombre de Chile dentro de sus rimas y de sus propios elogios a la poesía de moda.

He aquí, sin embargo, cómo de pronto aparece entre mar y cordillera un nombre que primero paseara su conocimiento, su sabiduría de la poética, por la república del Plata: Stella Corvalán, publica un libro de claras portadas amarillas, con un simple título que dice: «Palabras». Y comprendemos, de golpe, de inmediato, que su autora es un poeta de clara estirpe que viene estableciendo una imagen ponderada dentro de la literatura femenina nacional.

Su primer libro, aparecido en Argentina años atrás, fué saludado con el casi unánime silencio de la crítica chilena. No así el resto de la prensa de América, que con más sutileza conoció inmediatamente de la calidad lírica de la obra. En Chile, inclusive, en los pequeños círculos cuotidianos se mostraron dientes y garras para saludar la aparición de este libro. Pero, como Stella Corvalán, es un poeta, sincera y verídica, tuvo un encogimiento de hombros y una sonrisa para cada zarpazo lanzado al pasar. Y ahora exhibe al público como una respuesta a las negativas reiteradas esta obra que viene a confirmar anteriores apreciaciones de la crítica continental. El carácter general de la obra lírica, remozada con todos los elementos modernos de la poesía y avalorada más si es posible, por el estilo simple y directo—sin excluir la profunda sugerencia—la coloca en la primera línea de la poesía joven femenina. No se encuentra en ella el poema rebuscado ni la imagen forzada. Fluye la voz tranquilamente y a veces, parece que hablara sin querer decir nada. Sin embargo, una honda penetración espiritual camina por sus poemas y coge al lector. Lo más admirable en ella, es sin embargo, la inmensa sencillez con que camina por el verso:

«En la tarde venía Juan Araya
con su carreta parda
y un doliente chirrido que ponía
gotas de sombra a todas sus palabras.

Caía dulcedumbre desde el cielo
sobre su cara mansa.

Juan Araya, labriego de la tierra,
hermano de la espiga y de la zarza».

(«Juan Araya»)

En este clima sereno y hondo se desarrolla la totalidad de la obra. Además se incorpora en ella la humanidad que tanto y tan bien han estado captando los buenos poetas de Chile en sus creaciones. Es así como puede decir líricamente algo de la compleja tragedia de vivir:

«Si queda un corto sorbo, dadlo ahora
en que puedo beber toda cicuta;
me marcastéis la piel con mil agujas
pronto el último sorbo y descansemos».

(«Palabras finales»).

Tal vez se anote en la poesía de Stella Corvalán algo de directo, algo de objetivo que roza la sensibilidad y presenta al panorama íntimo del lector demasiado completa ya la imagen que se quiere atrapar. Pero, eso es transitorio; es fugaz. Nos encontramos con poemas exclusivamente de sugerencia, donde la metáfora—que no es el fuerte de la poesía de Stella—brilla en los versos. Por ejemplo:

«Alfonsina, mi hermana,
en el nunca lograr la ardiente dádiva:
tú fingías la hartura
y tuviste la sed que no se apaga.
Hablaste del amor y la ceniza
para siempre tiñó tus manos ávidas».

(«Escúchame Alfonsina»)

Un parentesco espiritual la hace anudar poesía en torno al cuerpo de Chile. Canta a los hombres y a los paisajes con un fervor iluminado, donde se encuentra, precisamente, toda el alma de la tierra chilena. «Juan Araya» pertenece a este espacio. Además, dentro del volumen encontramos de pronto un breve poema—demasiado breve tal vez—que se entronca con el ya citado:

«El sandial es la fiesta de la risa
que se oculta en cortezas apretadas.
Pedro Antonio, rudeza hecha de canto,
parte en la piedra la sandía oscura
y desnuda el rubí de sus entrañas.
Entonces es la fiesta jubilosa,
corazón repartiendo su palabra».

(«Pedro Antonio»)

Habría que criticar, sin embargo, a pesar de su livianura y fineza, los romances que inserta Stella Corvalán en el libro. Ella tiene más capacidad de expresión. Guarda profundos venenos de emoción, que al ser empleados en este verso fácil, pierden calidad. Creemos que Stella Corvalán habrá de encontrar un camino fertilísimo si entra por su alma y busca en ella los acordes sensibles que despierta el mundo en los seres humanos. Exigimos mayor hondura. Y se exige esto, porque Stella es capaz de entregarla y con excelentes resultados para la lírica del país y del continente. No es posible quedarse dando vueltas dentro del verso tan espontáneo, que casi pierde su contenido.

Y que continúe Stella Corvalán allá en la lejana ciudad de Talca, dentro del corazón del Valle Central, incorporando calidad a la poesía femenina chilena, con su sabiduría y su goce de creación.—JULIO MONCADA.

